

El P. Juan LaFarge

Escritor y Pacifista

El 13 del pasado mes de Febrero festejó la ciudad de Nueva York el 80 cumpleaños del P. Juan LaFarge con una misa en la catedral de San Patricio y una comida en el Hotel Waldorf Astoria. El sermón de circunstancias estuvo a cargo del Arzobispo O'Boyle de Washington, al cual oímos encomiar sobremanera la labor del homenajeado jesuita, y la prensa de todo el país se hizo eco de tales alabanzas. Y cosa no extraña tratándose del P. LaFarge, a las felicitaciones de sus amigos católicos se han unido en esta ocasión otras muchas de protestantes y judíos, que colaboran en las diferentes empresas creadas por él en favor de los intereses comunes a todos. Eso sin decir nada de otro sector en el que cuenta también con abundantes simpatías: el sector de la raza negra.

Porque como él mismo escribió no hace mucho en la revista "América", recordando sus ideales: "En la cadena de mi larga vida de acontecimientos y experiencias descubro que la idea-fuerza que me ha guiado en mi trabajo es el sentimiento de la misión universalista hacia todas las clases y pueblos de esta Iglesia Católica, de este Reino espiritual al que fui agregado como un ciudadano más en un frío día de Febrero, hace ya de esto sus 80 años". Y este mismo convencimiento de la misión universal del Catolicismo es el que ha trascendido a cuantos le conocieron. Lo prueba, entre otros, el hecho de que él fue uno de los cuatro norteamericanos citados por la Conferencia sobre Ciencia, Filosofía y Religión en 1949: "Acaso más que ningún otro —dice la mención de dicha asamblea— como director, escritor y conferencista ha impulsado a los católicos de EE.UU. a cumplir a conciencia sus obligaciones de cristianos y americanos y a trabajar por la desaparición de todo prejuicio racial con sus espantosas secuelas de odio, pobreza, miseria e injusticia".

Ya en 1952 se dió el mismo fenómeno al mezclarse muchos protestantes y judíos entre los mil comensales que festejaron en fraternal banquete su arribo a los 72 años, pagando tributo así no solo a su labor como redactor durante cerca de 40 años de la revista "América" editada en Nueva York por los Jesuitas estadounidenses

(fue su Director de 1944 a 1948), sino también a su liderazgo orientador en los problemas de justicia interracial, cooperación interreligiosa de buena voluntad y paz internacional.

El P. Juan LaFarge puede considerarse como un producto católico americano que ha sabido aprovechar el máximo en beneficio de la buena causa de Dios y de su Iglesia la idiosincrasia, las buenas disposiciones y hasta los prejuicios de sus temporáneos, nunca llevado a remolque de los demás sino influyendo y orientando hacia el bien a cuantos alcanzaba con el magnetismo de su recia personalidad y el encanto de su benevolencia acogedora y su optimismo. La norma ignaciana de entrar con la de ellos para salir con la suya a mi juicio ha encontrado en él un perfecto realizador, y en ese sentido es en el que se ha de juzgar su obra sin intentar sacarla del marco de tiempo y espacio en el que la Providencia divina quiso encuadrarla y fuera del cual acaso resultaría incomprendible para muchos.

Porque el P. LaFarge, a pesar de que el apellido pudiera sonar a origen gálico, en su mentalidad y en su sangre es americano por todos cuatro costados y descendiente de una familia bien conocida por sus servicios de carácter político y militar en bien de su país. Su padre (llamado también Juan como él) fue un hombre de extraordinarias cualidades en la pintura artística de vidrieras y murales, y sobre cuya técnica dejó escritos varios libros. Su madre Margarita Mason Perry (descendiente de Benjamín Franklin) era nieta de Oliverio Hazard Perry que ganó a los ingleses la batalla naval del Lago Firie en la guerra de 1812 y sobrina-nieta de Mateo Perry el famoso Comodoro que con su desembarco en el puerto de Yedo en 1853 abrió el Japón a las naciones extranjeras y estableció el primer tratado de comercio con aquel Imperio que había permanecido aislado hasta entonces a todo influjo extranjero.

Al graduarse en 1901 en la famosa Universidad de Harvard (había nacido en New Port, Rhode Island, en 1880) el P. Juan LaFarge decidió hacerse sacerdote sin abandonar sus aficiones y experiencias musicales y con este objeto se trasladó a Europa entrando en el Seminario de Innsbruck, famoso centro de estudios dirigido por la Compañía de Jesús en el corazón del entonces floreciente Imperio Austro-Húngaro. Allí el espíritu uni-

versalista y verdaderamente católico del P. LaFarge encontró abundante pasto a sus inquietudes interesándose por la historia, la lengua, la cultura y las manifestaciones y aspiraciones vitales de aquel mosaico de pueblos y completando así su formación verdaderamente "humanista". Porque el P. LaFarge ha sido y es un verdadero humanista en el más amplio sentido de esta palabra, con una espiritualidad que jamás perdió la impronta recibida en Innsbruck durante aquellos cuatro años dedicados sobre todo a la preparación de su futuro apostolado sacerdotal. Ordenado en 1905, entraba un mes más tarde en la Compañía de Jesús y vuelto a su patria continuaba por unos años más, ya como Jesuita, sus estudios eclesiásticos. Sus primeras armas sacerdotales en una parroquia rural de EE.UU. le introdujeron a un mundo de nuevos problemas: el de las razas de color; y su nombramiento posterior en 1926 como redactor de la revista "América" le ofreció la posibilidad de realizar con la pluma, además de con la palabra, aquel apostolado en favor de unas relaciones humanas más "humanas" al que se sentía llamado por su experiencia no menos que por su modo de ser generoso y abierto y por sus mismas tradiciones familiares.

En una de sus últimas colaboraciones en "América" (1) hay un parrafito que refleja una de sus íntimas preocupaciones y uno de sus más eficaces estímulos para su trabajo apostólico. "Recuerdo —dice— cómo en la noche del último día del año 1899, contemplando la esfera de mi viejo y abultado reloj de plata de bolsillo, antes de apagar el mechero de gas que ardía junto a mi cama, me preguntaba pensativo si el siglo XX podría igualar las maravillas que nos había dejado el siglo XIX, ya casi acabado. La tradición del siglo XIX hizo cuanto pudo por persuadir a los mortales de que podían hacer trizas su fe y con todo, acaso por ello mismo, sentirse completamente satisfechos. (Cada inglés, por ejemplo, podía saborear su taza de cacao caliente mientras viajaba en un rápido y confortable tren eléctrico). De este modo el ritmo de la vida podía continuar confortado por un secularismo desprovisto de toda base lógica o segura. Hoy día —añade el P. LaFarge— el sabotaje de la fe ha llegado a conclusiones igualmente lógicas.

(1) Véase "The Story of a Romana Catholic" en la pág. 578 del número de "América" que vela precisamente la fecha del aniversario 80 de su nacimiento, 13 de Febrero de 1960.

Y aun en muchos de aquellos que guardan la fe se notan los efectos de esta atmósfera persistente".

La vida del P. LaFarge ha sido una vida dedicada a fortalecer esta fe de los humanos minada por la ciencia y el naturalismo del Siglo XIX y a robustecerla con una nueva estructura basada en el amor y respeto mutuo entre los hombres y en la defensa de los grandes valores que la civilización ha probado ser más efectivos, uniéndolos en una cruzada de buena voluntad.

A un representante de la agencia interconfesional "Religious News Service" declaró el P. LaFarge que no dudaba que la cooperación entre católicos, protestantes y judíos podrían solucionar los problemas suscitados en el terreno de la moral pública. Según él, católicos y no católicos tienen no solo intereses comunes en la lucha contra "toda subversión de los valores humanos en nuestra vida pública" sino la obligación de crear un frente único contra esos peligros.

"Los católicos aislados —dijo el P. LaFarge— no pueden hacer mucho ni influir de una manera definitiva en la opinión pública. Lo mismo se diga de protestantes y judíos. Esta labor habrá de hacerse conjuntamente. Y solo cuando las creencias diversas lleguen a unirse frente a alguno de estos problemas morales será cuando se pueda producir un verdadero impacto en la nación. En este caso no dudo que los resultados puedan llegar a exceder todas las previsiones, aunque los fundamentos últimos para esta acción sean un tanto diversos".

Hay que tener en cuenta para entender este modo de discurrir que en EE. UU. no ocurre como en nuestras repúblicas hispanas o en Europa, que aunque nuestros países sean actualmente más o menos protestantes o indiferentes, fueron un tiempo católicos cien por cien. Aquí en EE. UU. puede decirse que ha sido la Iglesia Católica la última en llegar y ha necesitado y necesita abrirse paso a través de un terreno totalmente nuevo y hacerse oír en un ambiente de ordinario hostil para ella. Y si no es fácil convenir en un programa mínimo cuando se trata de cuestiones de moral pública o social, mucho menos fácil será el intentar una unidad religiosa. Con todo "no veo razón alguna —comenta el P. LaFarge en el reportaje citado— para que no llegue pronto un día en el que los católicos podamos discutir nuestras di-

ferencias con los no católicos sin ninguna clase de prejuicios o de previos compromisos por ambas partes”.

En este sentido convendría acaso recordar aquí cómo el llorado Pontífice Pío XII insistió en más de una ocasión en la necesidad de agrupar en el plano internacional a todos aquellos pueblos que creen en Dios. Qué hubiera dicho de vivir todavía y contemplar esta insidiosa infiltración comunista que no conoce ya obstáculo ni barrera eficaz en ningún país del mundo y que es (conviene recordarlo e insistir en ello con firmeza) totalmente atea?

Saldrá profeta el P. LaFarge?

“Al creer a Shakespeare “los negocios humanos van y vienen como las mareas”, dice el P. Graham. Y el drama de nuestra existencia está en que cabalgando el destino a lomo de la ola, nadie puede conocer con exactitud el tiempo en que comienza a bajar, en contra de lo que ocurre con las mareas de nuestros océanos previsible con exactitud matemática para cualquier época. No es que queramos reducir nuestra existencia personal a fórmulas matemáticas —la vida perdería su colorido si no tuviera ese elemento de inseguridad e imprevisibilidad y en muchos casos el conocimiento de nuestro futuro nos quitaría prácticamente toda ilusión de vivir— pero sí que todos deseáramos conocer más o menos hacia donde vamos y en qué vertiente se encuentra ya la historia humana”.

El P. LaFarge no será quien pretenda dilucidar estos problemas eternos. Pero, con todo, su brújula se orienta animosamente hacia la posibilidad de llegar a una edad de una mayor cooperación entre esos sectores que se han sentido tan profundamente distanciados por divisiones históricas, políticas, teológicas y raciales, y que (aunque parezca extraño) comparten la posesión de valores comunes que en la hora de la prueba podrían salir a flote y salvar la humanidad”.

Lo que acaso caracteriza más la posición del P. LaFarge, —comprensivo y tolerante con los fallos humanos— es su esperanza. Las gentes si en verdad necesitan de algo es sobre todo y desesperadamente de esperanza. “Nuestra crisis —comenta el P. Graham— es una crisis de esperanza, de confianza”. Y resulta que uno de los mayores optimistas es este octogenario, considerado como un iluso

por los eternos derrotistas, por aquellos que todo lo ven siempre negro y que le tacharán sin duda alguna de no haber sabido sacar provecho de tan larga vida para conocer un poco mejor esa “realidad” que a ellos se les antoja tan oscura. Pero esta es una de las lecciones, la gran lección del P. LaFarge en su 80 aniversario: que nacido y educado en el siglo XIX, el siglo de la confianza en la perfectibilidad del hombre y la inevitabilidad del progreso, y habiendo visto ese mundo de su juventud y de sus esperanzas desarticulado y reducido a escombros por el feroz estallido de dos guerras mundiales, tendría, si alguno, derecho a sentirse pesimista. Y no lo es, sino todo lo contrario! Qué tónico mejor se puede ofrecer a los que se consideran jóvenes y, con todo, se empeñan en ver al mundo caminar hacia su ocaso, que este sano optimismo lafargiano para quien nos hallamos en un nuevo amanecer?

Concluamos: Habrá quien comparta y habrá quien no comparta los puntos de vista del P. Juan LaFarge, pero en lo que creo coincidimos todos es en que el mundo necesita siempre, y hoy más que nunca, de pensadores optimistas a lo Juan LaFarge que lo reanimen en el bien obrar y lo impulsen hacia lo alto.

Nueva York, Febrero 1960

SEBASTIAN MANTILLA, S.J.

P.S. El P. LaFarge es acreedor a la paternidad, en muchos casos exclusiva, de varias organizaciones y movimientos tales como “Pacifica Foundation”, “St. Ansgar's League”, “Liturgical Arts Society”, “The National Catholic Rural Life Conference”, “The Catholic Association for International Peace” y los muchos “Consejos Católicos Interraciales” que se ocupan (como sus libros) del problema de los negros casi exclusivamente. Lástima que otros inmigrantes blancos hispanos, como los mexicanos y puertorriqueños, hayan comenzado a abundar un poco tarde para merecer el beneficio de su atención y de sus desvelos!

Sus libros principales, señalados por orden de su publicación rimera son: “Jesuits in Modern Times”, 1922. “Interracial Justice”, 1937 (estudia la doctrina católica sobre relaciones entre razas). “The race question and the negro”, 1943. “No postponement”, 1950 (liderazgo de EE. UU. y el problema de las minorías raciales). “Catholic Viewpoint on Race Relations”, 1956 (toca el punto de los hispanos, pero fundamentalmente se limita a los negros en EE. UU.) “Report on the American Jesuits”, 1956. “A John LaFarge Reader”, 1956 (selección de artículos suyos hecha por los PP. Davis y Small, prólogo del P. Gardiner). “The Manner is ordinary” 1954. (autobiografía). “An American Amen”, 1958. (complemento a su autobiografía).

Son innumerables los artículos publicados en “América” y otras revistas sobre la materia de sus libros y otras afines.